



La Gloria de la Debilidad

Por George Davis

(Traducido por Jorge A. Bozzano)

Al hombre le gusta alardear sobre sus fuerzas y su autosuficiencia, no solo en palabras, sino también en acciones. Tiene algo inconsciente que lo conduce a la soberanía individual. Todo lo que hace, lo hace con miras a ese objetivo. En su propia confianza busca como finalidad volverse autónomo mientras que al mismo tiempo busca quitar esta autonomía a otros. Piensa de sí mismo como que el que inicia las cosas por sí mismo, se auto controla, se auto gobierna, se auto sostiene y se auto mantiene. El se edifica sus propios graneros con sus propias cosechas para sí mismo porque va a darle la perfecta y abundante existencia. Todo lo hace para asegurarse contra la debilidad y la vulnerabilidad. Su mayor temor es la debilidad. Su gran vergüenza es la mortalidad. Se mira a sí mismo en el espejo, recordando las victorias del día, como lo hizo Julio César cuando reportó su victoria sobre el rey de Pontos “Veni, Vidi, Vici” (Vine, Ví, Vencí). No se va a avergonzar por ninguna apariencia de falta de aptitud o habilidad así que constantemente busca mejorarse a sí mismo, agregando nuevas “palabras poderosas” a su vocabulario de manera a ser como Dios tanto en inteligencia como en persuasión. Su mundo es una manzana madura para ser arrancada. La respuesta a cualquier cosa en el universo descansa directamente sobre sus hombros.

Cuando viene a relacionarse con Dios, el hombre tiene una debilidad inherente, y esa es que él piensa que es Dios. Y así como piensa, así actúa. Pero en su pequeño y suavemente afinado universo, el hombre constantemente está corriendo contra obstáculos que amenazan la ilusión de su deidad. Por algunos momentos por lo menos, esto le da la pausa de repensar su utópico ideal, que le recuerda su mortalidad. Más sin embargo, como pone muy poca atención, especialmente en estos asuntos, no pasa mucho tiempo antes que se olvide de cualquier lección y vuelva a sus asuntos como es usual. Vuelve a sus esfuerzos de posicionarse en nuevas alturas por sus propios medios. Es por esto que siempre es una crisis el traer a los hombres a Cristo. Tiene que encontrarse con lo inamovible, ingobernable, e inalcanzable antes de que pueda ser totalmente

quebrantado. Si retiene cualquier esperanza de que puede hacerlo por sí mismo, ciertamente lo seguirá intentando. Por eso, cuando se trata de salvación, la primera lección que el hombre debe aprender es que no puede salvarse a sí mismo. La crisis de la salvación tiene su base en el entendimiento que como está escrito: "No hay justo, ni aun uno" (Ro. 3:10). Salvación es sinónimo de que "nadie es bueno". Uno debe aceptar este hecho antes de que realmente se arrepienta.

Pero esto es solo el comienzo. Nuestro caminar cristiano está marcado por crisis, tras crisis, tras crisis. La razón de esto es que tendemos a traer a nuestro nuevo caminar cristiano nuestra tenacidad humana, expresada en una nueva y cristianizada ambición de ser "Buenos Cristianos". De hecho, ser mejores que el resto. Si bien esto puede parecer admirable para algunos, la carne se enorgullece en ser un buen cristiano. Así como el hombre humanista, el hombre religioso humanista también tiene la tendencia de poner énfasis en lo que tiene y va a hacer, en vez de lo que Dios ha hecho y está haciendo. Él hace preguntas del tipo: "¿Qué debo hacer para ser salvo? ¿Cómo puedo hacer las obras de Dios?" La respuesta de Dios, dada a través de su Hijo muchos años atrás, todavía resuena en la verdad hoy en día. "Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado [Jesús]. (Juan 6:29). ¿Qué? ¿Solo creer? ¡Qué afrenta a nuestra humanidad! ¡De seguro debe haber algo más que yo pueda hacer! Una obra divina de quebrantamiento se requiere antes de que podamos ceder a nuestra ambición del tipo de Jacob de querer manipular nuestro alrededor para incrementar nuestro rebaño por medio de artimañas. Dios debe tocarnos en nuestro muslo, en la fuerza de nuestra alma para que podamos aprender a depender de Su vida, para que podamos aprender la gloria de la debilidad.

Al considerar el título de este artículo tuve cierta dificultad de decidirme entre "La Gloria de la Debilidad" o "El Mito de la autosuficiencia Cristiana", ambos de los cuales describen la misma verdad. ¡La idea de que como "cristiano" yo soy autosuficiente simplemente no es verdad! No soy más autosuficiente como cristiano de lo que era como pecador. El pensamiento de que yo pueda obtener un andar cristiano el cual finalmente he asegurado a través de una devota disciplina, no solo es erróneo y defectuoso, sino que está destinado a un amargo fracaso. Eso es un mito y uno muy cruel. Promete mucho pero no trae más que frustración. El desvanecimiento de este mito es clave para nuestra participación en la suficiencia de Dios. En tanto que veamos a otros y a nosotros mismos como cristianos fuertes y capaces, continuaremos yendo hacia abajo en el sendero de la bancarrota espiritual. Las enseñanzas de Cristo, las que ahora se llaman "Las Bienaventuranzas", demuestra esto contundentemente. De hecho, aquí es donde empieza nuestro Señor: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". (Mat. 5:3). ¡Este quebrantamiento debe preceder a todo el resto! Todo empieza con el conocimiento de nuestra debilidad. Debemos conocer lo profundo de nuestra insuficiencia antes de

que podamos admitir nuestra total dependencia de Dios. La fortaleza de la carne debe ser derrotada y arrojada de nuestra vida cristiana, como fue arrojado Tobías fuera del templo. (Neh. 13:8)

Contrario a la opinión popular, todo verdadero ministro está dependiente de la debilidad. Seguro que todos estarán de acuerdo que el apóstol Pablo era un “poderoso y fuerte cristiano”, pero en 2 Corintios 12:7-10, descubrimos la fuente de su fortaleza. A Pablo se le había dado “abundancia de revelaciones”, ¡y todos nosotros debemos estar agradecidos por esto! Sin embargo, el peligro de recibir grandes revelaciones es que uno tiende a ser exaltado más allá del límite, tanto en sus propios pensamientos como en los pensamientos de los demás. Así que un pequeño recordatorio de mortalidad está a la orden. Ingrese el “aguijón en la carne...” (Versículo 7). Ahora bien, Pablo hizo exactamente lo que hacemos nosotros hoy en día, pidió al Señor que quite de él esta molesta espina que exponía su debilidad (Versículo 8).

Pablo no se daba por vencido tan fácilmente. Tres veces pidió al Señor que se la quite. Entonces Dios reveló a Pablo otra verdad, una que ha servido como una fuente de esperanza y confort a las masas cargadas de espinas desde sus días hasta hoy. “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. (Versículo 9).

Pablo respondió en una manera que puede ser considerada extraña y aún irresponsable hoy en día: “Y me ha dicho. : ...de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”. ¿Qué? ¿No va él a reclamar sus derechos en Dios? ¿Resistir al diablo y todo eso? Ciertamente Pablo no va a aceptar cualquier cosa que se le aparezca por el camino, ¿verdad? Este era un “mensajero de Satanás” después de todo. Sabemos que las cosas buenas son de Dios, pero cuando venimos a cosas no placenteras debemos usar el discernimiento, ¿verdad?

La Cristiandad de estos días está tan profundamente afectada por el humanismo que muchos o desprecian o yerran en entender la actitud de Pablo aquí. Algo de esto pervierte lo que ellos piensan que es noble en un hombre. No nos gusta que nos pasen por encima y que nos demos por vencido sin darle batalla. En estos días en que las estanterías de las “librerías cristianas” se doblan por el gran peso sobre ellas de los libros de auto ayuda, la actitud de Pablo es efectivamente un misterio. Pablo estaba contento de sufrir por la causa de Cristo. ¡No! A él inclusive le daba gozo el saber que en todo eso encontraba un propósito de Dios en ello. “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. (Versículo 10). Pablo razonó que si en la debilidad el poder de Dios se perfeccionaba, él abrazaría la debilidad con gran fervor de modo a que el poder de Cristo repose sobre él. Paró de orar por la ayuda de Dios a que le evite exactamente aquello que le había sido enviado para perfeccionar la

fortaleza de Dios en su vida. Y aún más, Pablo iba a disipar cualquier mito sobre su propia perfección por medio de glorificarse, en voz alta, en sus debilidades. Esta mentalidad impactó cada área de la vida y ministerio de Pablo y dando un resultado muy efectivo. Algunas veces pienso que tenemos una imagen errada de Pablo, viéndolo como un hombre competente y un gigante muy seguro de sí mismo, cuya sola presencia mandaba, o mejor, dicho, demandaba respeto. Así no es como la iglesia primitiva vio a Pablo. De hecho que lo correcto era todo lo contrario.

Porque a la verdad, dicen, las cartas son duras y fuertes; mas la presencia corporal débil, y la palabra menospreciable. (2 Co. 10:10)

Pablo se había glorificado tan efectivamente en su debilidad que su presencia corporal era percibida como débil y su hablar menospreciable. Algo tan profundo había pasado desde aquellos días que el solo pensamiento de él causaba a la comunidad cristiana gran consternación. Su presencia corporal no era débil en ese entonces. Pero ahora su apariencia había cambiado tanto, que reflejaba la humildad y baja condición de su más querido amigo y Señor. Con respecto a sí mismo y de sus compañeros en el evangelio, Pablo escribió: "...no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios". (2 Co. 3:5). A través de la debilidad de Pablo, se manifestaba la competencia y suficiencia de Dios. El había aprendido a no pensar nada de sí mismo. El hacía mucho que había muerto a esa fantasía. ¿Qué le había pasado a Pablo? ¿Por qué ocurrió ese cambio tan drástico en su conducta y comportamiento? Aquí está la respuesta en las propias palabras de Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí". (Gal. 2:20)

¡Habría sido algo bastante sorprendente aprender que mi éxitos y fracasos lucen igual ante Dios! ¡Ambas parecen como trapos de inmundicias a sus ojos! Sin embargo, mis fracasos al menos tienen cierto valor, porque en ellos estoy aprendiendo de mis debilidades y de Su fortaleza. La primera crisis, las crisis de la salvación, me trajo al conocimiento de que no hay nada bueno, que yo no tengo nada para ofrecer a Dios por mi salvación y por eso no me puedo salvar a mí mismo. Estaba perdido, sin esperanzas, y con necesidad de un Salvador. La segunda crisis aun vigente en mi vida cristiana, me trae el conocimiento que "en mi carne no mora lo bueno" (Ro. 7:18). No hay nada en mí que Dios desee. Lo que es nacido de la carne no puede ser nada más que carne repugnante (Juan 3:6). "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha..." (Juan 6:63). Así como no pude salvarme a mí mismo, tampoco puedo vivir la "vida cristiana". Se necesita un sustituto para ambos. El fue mi sustituto en la muerte (Con Cristo

estoy juntamente crucificado), y él también es mi sustituto en la vida (Cristo vive en mi).

En ese monumental día hace 2.000 años cuando Cristo dijo “Consumado es” y encomendó su espíritu de nuevo a Dios, ese mismo día, yo morí. En esa oscura colina del Calvario, yo morí con Cristo, y si usted es un creyente, ¡también lo hizo usted! “Si uno (Jesús) murió por todos (usted y yo), luego todos (usted y yo) murieron”. (2 Co 5:14). Cuando ellos bajaron el cuerpo de Jesús y lo pusieron en la tumba, también fuimos sepultados con él. Cuando Jesús resucitó a la vida, por el poder de Dios, también fuimos resucitados en nueva vida. (Ro. 6:4). ¡El secreto de la vida cristiana es que Cristo debe vivir su vida a través nuestro! Todo lo demás, no importa cuán bueno parezca, aunque estén acompañadas por los calurosos honores y elogios de los hombres, es carne presumiendo hacer las obras y vivir la vida que solo Cristo puede hacer y vivir. ¡Debido a que la carne ha fracasado en hacer bien las cosas, nuestros mejores esfuerzos así como nuestros fracasos deben ser clavados en el madero! Todo lo que este pronombre personal “yo” implica, debe ser crucificado con Cristo para que él pueda vivir y triunfar. Somos responsables solo por los residuos que deja el fracaso: nuestros pecados. Solo los errores son nuestros. No hay lugar aquí para el orgullo. Cuando la cruz ha hecho su obra, podemos decir como Pablo dijo: “cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Solo entonces podremos conocer a Cristo en el poder de su resurrección (Filipenses 3:10). Solo “en la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” podemos conocer su suficiencia y competencia. Solo aquellos que conocen una circuncisión radical en su carne - no teniendo confianza en la carne - pueden “adorar a Dios en el espíritu”. (Vea Fil. 3:3). De esta forma vemos la gloria de la debilidad. ¡Ninguna carne se puede gloriar en la presencia de Dios! Cuánto más débiles seamos en nuestra carne, más reposa su gloria sobre nosotros. Por esta razón Dios ha escogido “lo necio del mundo, para avergonzar a los sabios”. Pablo, quien alguna vez fue sabio a sus propios ojos, se hizo necio por Cristo. “Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio”. (1 Co. 3:18). Dios escogió “lo débil del mundo, para avergonzar a lo fuerte”. Dios ha escogido “lo menospreciado, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.” (1 Co. 1:27-29). Es a través de morir que vivimos, en volvernos necios que nos volvemos sabios, y débiles para ser fuertes. Así que con igual entusiasmo abracemos la cruz y la espina, ¡para que el poder de Cristo pueda reposar sobre nosotros!

* * * * *

[Copyright](http://aWildernessVoice.com) © aWildernessVoice.com